

**Tián**

**19 de octubre (10:05)**

—...¿Qué?

—Que tienes un hijo.

—...¿Qué?

—¿Otra vez?

—¿Có... ¿Cómo?...

—Pues con cabeza, brazos, piernas y ojos achinados.

—Qué... ¿Qué co... ¿Qué COÑO significa eso, Ricky?...

—Como un adulto, Tián, pero en pequeño.

—¿Estás de coña?...

—No. Se llama Katsuhiko, tiene ocho años y vive en Japón.

*Ay joder...*

Tián salió al balcón y le gritó al mundo algo que Ricky no alcanzó a oír.

*¿Un qué?... ¿Hi-qué?... ¡¿Hi?!... ¡¿Jo?!... ¡¿Jo?!... ¡Jo... Der!*

A veces pasaba horas enteras en aquel balcón con filigranas modernistas en dorado y ocre al que acostumbraba a salir varias veces al día para fumar tranquilamente sus *minidavidoff* que sólo podía encender con cerillas (*¡nada de mecheros!*) por lo que siempre llevaba encima alguna de esas cajetillas de cerillas de propaganda de hoteles y restaurantes. Asomado a su baranda Tián alcanzaba a ver La Casa Batlló, y sólo un poco más allá La Pedrera «*tal vez una de las pocas cosas que haya hecho bien el hombre*», sentado en su viejo sillón chester incapaz ya de retener los muelles en su interior pero que nunca desearía, con un cenicero entre las rodillas llenando

de humo las mañanas, horas enteras (si no hacía demasiado frío) contemplando la calle por donde desfilaban todo tipo de personajes: Ejecutivos estresados y hippies desestresados, ciclistas con prisa y carteristas con más prisa aún, turistas (japoneses, chinos, americanos, alemanes, franceses, italianos y más chinos, o más japoneses... «*porque quién coño los distingue*») y sobretodo niños y niñas que su imaginación transformaba en pájaros carpintero, en zorros rojos, en liebres veloces y en castores perezosos. Podía pasarse las horas allí y no escribir nada en absoluto, no pasar de una página, un párrafo, una frase... o terminar un cuento de la mañana a la noche en un día de especial inspiración, lo que iba necesariamente ligado al hecho de tenerse que levantar veinte veces para ir a la nevera a buscar un *redbul* sin azúcar o poner su *nespreso* a prueba con varios ristrettos durante las horas que dedicaba al cuento en cuestión.

Desde aquel balcón que miraba al mundo en el que vivía Tián habían surgido cientos de cuentos para niños y niñas de un mundo en el que Tián, realmente, quisiera vivir.

*Joder...*

*Joder...*

*Joder...*

*¡Mierda!*

Entonces se asomó adentro y miró a Ricky con el ceño más fruncido que fue capaz de lograr.

—Has dicho «hijo»... ¿Verdad?...

A modo de respuesta Ricky tan sólo arqueó una ceja, y Tián regresó afuera y volvió a gritarle al mundo algo ininteligible.

A veces pasaba horas enteras en aquel balcón, su estudio se encontraba en la última planta de aquel edificio de principios del siglo pasado en el Paseo de Gracia de Barcelona, tan sólo unas pocas calles antes de llegar a la Plaza Cataluña, y su vista le tranquilizaba y le ayudaba a pensar, porque era, decía, como encontrarse en la cima del mundo en el que le había tocado vivir. Pero aquel estudio de casi quinientos metros cuadrados más que un lugar en el que poder recibir a editores y representantes de prensa (por no mencionar su fiesta sorpresa de los cuarenta que Paula le organizó aquel día aún a sabiendas de que la crisis de los cuarenta ya la venía sufriendo desde los treinta y siete...), era para Tián más bien un refugio, o, como él lo llamaba, su particular templo zen que utilizaba para escapar de un mundo del que decía no formaba parte.

...

Por fin entró.

«*Un hijo...*» se dijo, mientras arrastraba lentamente los pies hacia su escritorio con los ojos clavados en el suelo, remolcando con gran esfuerzo su alma.

*Un hijo... Joder...*

Y en su rostro, Ricky (que no se había movido de donde estaba desde que Tián saliese al balcón a gritar sandeces) adivinó cierta aceptación, como el que descubre que se está quedando calvo y finalmente ¡por narices! se hace a la idea, aunque vaya a pasarse los próximos cuarenta años poniéndose porquerías en la cabeza.

Entonces Tián sentía un calor bochornoso que ascendía desde su abdomen y que escapaba de su cuerpo, y pensó que si seguía así perdería

todo el calor del cuerpo y acabaría helado («o dicho de otra manera...» comprendió «estoy acojonado»).

*Un hijo...*

Y con este último pensamiento se sentó por fin en su poltrona detrás de su escritorio, y suspiró con desazón, clavando las manos en los brazos de su sillón como si éste fuera una cápsula entrando en órbita y Tián el pobre desgraciado que lleva dentro a punto de sufrir un colapso.

—...Joder —consiguió articular, finalmente.

—Sí. Joder. A tu público le va encantar —le dijo Ricky entonces con media sonrisa a medio camino entre «jódete» y «lo siento»— Piénsalo: *Sebastián Díez, el conocido escritor de cuentos y amante de los niños... Tiene.*

*Un. Hijo.*

—A mí no me gustan los niños, Ricky.

—Pues en *La contra* de *La Vanguardia* mentiste como un bellaco.

Tián puso los ojos en blanco y suspiró.

*...Eso es cierto.*

—Ricky... ¿Qué significa?... ¿Qué significa?... Dímelo, qué significa...

—¿Qué coño va a significar, Tián?... Significa que eres padre.

—No. Su nombre... Qué significa su nombre... Cat... Cat...

—Katsuhiko, Tián. Se llama Katsuhiko. Y que yo sepa no significa nada.

—Claro que significa algo, joder. Tiene que significar algo, joder...

¡Todos los nombres chinos significan algo! Niño del sol naciente... O dragón de las narices... O... Panda gilipollas...

—Es japonés Tián, no es chino. Y, que yo sepa (de nuevo) su nombre no significa nada. Lo ÚNICO que tiene significado aquí es que eres padre, Tián, padre...

*¡Padre!...*

De repente descubrió que aquella palabra se le atragantaba y que era incapaz de pronunciarla sin ponerse a toser...

*Pa... aaagh...*

*¡Coño!*

En aquel ático Tián escribía cuentos. Aunque hacía tiempo había ganado importantes premios literarios y gozaba de un público numeroso y fiel que acudía a las librerías en masa cada vez que terminaba un nuevo libro, hacía tiempo también decidió que ya sólo escribiría para los niños «...*porque son las únicas personas en el mundo que de verdad son inocentes*». Pero aquello no significaba que tuvieran que gustarle los niños, ¿verdad?... Igual que no eran ni asesinos ni espías ni agentes dobles aquellos que escribían suspense, ni sencillamente gilipollas, pensaba, los escribían ciencia ficción.

*Pa... aaagh... ¡Joder! ¡¿Pa...dre?!...*

—¿Cómo es posible?...

—Bueno... Supongo que conociste a una japonesa, te enamoraste, o no, le contaste alguna mentira, después de eso te acostaste con ella...

—Eso ya lo sé.

—...

—Y su madre... —se le ocurrió entonces.

—No —pronunció Ricky, y negó con la cabeza.

*Joder...*

*¿Ahora qué?...*

—Tendrás que ir a buscarlo... —insistía Ricky.

—¿Estás... de coña?...

Que Ricardo (Ricky, su agente) casi disfrutase dándole la noticia, después se mofase de él y le dijese que era un capullo que llevaba demasiado tiempo pensando únicamente con la punta del capullo («*valga la redundancia*» decía después) era, en parte, normal, dado que además de ser quien trataba todos sus temas legales (o no) con las editoriales, era también su mejor amigo; hacía tiempo que de ello Tián aprendió una cosa: nunca te vayas de copas con tu representante. Porque como con todas las cosas, y después de unas cuantas resacas juntos (y Ricky además de agente literario, y muy bueno por cierto, era también un maldito borracho), se crean esa clase de vínculos, y si por algún casual cualquier día te sale un hijo bastardo, se dijo Tián, el muy 'joputa (tu representante, no tu hijo...) aprovechará la primera ocasión que tenga para tocarte bien las pelotas.

—Y bien... ¿Qué piensas hacer?

—Que qué pienso hacer...

—Sí. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a ir a buscarlo?...

—Pensaba que se te había ido la pinza, Ricky —atacó Tián entonces—  
Pero no. Lo que pasa es que no ha vuelto desde la última vez que se te fue.  
Vamos, Ricky, no me jodas, ¿quieres?...

—Tienes un hijo, Tián...

En aquel instante Ricky se apoyó con ambas manos sobre su escritorio con aquella expresión de poli bueno poli malo que utilizaba en todas sus reuniones, y que tan buenos resultados le daba; con Tián a veces lo hacía en

broma (sobretudo después de unas cervezas juntos), pero aquel día no era el caso.

Ricky tenía cuatro hijos, los cuatro niños, un encanto de niños, y Tián y Paula siempre les llevaban algún regalo cuando él y Cris los invitaban a cenar a su casa.

*¿Debería haber tenido eso en cuenta?...*

Sí.

*No debería haber pasado por alto algo así.*

No.

*¡Mierda!*

—Tián...

—Qué.

Ya sabía el qué... Pues que tenía que llegar el día en que el destino, el azar y la mala leche, finalmente, aunasen fuerzas y se la devolviesen, porque ocurre cuando juegas demasiado con estos tres y con tantísimo cinismo.

—Tienes un hijo, Tián —otra vez...

Entonces trató de asimilar cada una de las últimas cuatro palabras de su amigo.

Tienes: De repente algo que no sabía que era suyo, era suyo.

Un: Pero podría ser peor, porque «un» podría haber sido «dos» o «tres»... o hasta «cuatro»; «un» estaba bien, le gustaba «un»

Hijo: ¡Coño!

Tián: Ésta última implicaba que las tres anteriores le afectaban directamente.

Trató de asimilar cada una de las últimas cuatro palabras de Ricky.

No lo consiguió.

*Coño...*

Pero algo tendría que decir, porque en aquellos momentos Ricky lo miraba exactamente como lo hizo su padre aquel día de aquel verano en que metió su coche en la piscina de los abuelos.

*¿Abuelos?...*

—...Y que seguramente tendrá unos abuelos maravillosos —logró decir, al fin— O tíos, o tíoabuelos de esos que llevan sombreros de paja y que saben un huevo de *kunfú*... ¿No?...

«¿No?...» no era una pregunta, sino más bien un ruego.

—Tián... —la forma en que dijo «Tián» esta vez fue como si clamase al cielo— Tienes. Un. Hijo —y otra...

*Y dale...*

—Oye, Ricky, joder... —y se llevó la mano a la sien, y se la frotó como si de esa forma de ahí fuera a salir el genio que le diera todas las respuestas— Ricky, no puedes venir aquí y soltarme algo... así... de golpe. ¡Ala!... ¡Joder, Ricky, no puedes hacerme padre de repente!

—¡Ei! ¡Echa el freno, tío! —saltó de repente su agente— ¡Que yo no te he hecho padre!

—¡Claro que lo has hecho! ¡Sí! Sí... desde un punto de vista hipotético... y cabrón.

—¿Un punto de vista... cabrón? —se maravilló Ricky a quien casi se le escapa la risa en esta ocasión.

—Sí. Un punto de vista MUY cabrón.



—¿Ah, sí? Pues es curioso porque no recuerdo haberme ido contigo a la cama, Tián. ¡Ni haber engordado veinte kilos ni mucho menos haberme abierto de patas sobre la camilla de un hospital!

—¡Venga, Ricky, coño! ¡Un padre tiene nueve meses para ir haciéndose a la idea! ¡Yo soy padre desde que has entrado por esa puerta! —dijo señalando la puerta con gesto acusatorio, como si fuese el asesino del sheriff de una novela de *Agatha Christie*.

—No, Tián, te equivocas... —le dijo Ricky esta vez como si le hablase a un niño— No eres padre desde que he entrado por esa puerta —la señaló, también— Eres padre... desde hace ocho condenados años.

—Oh... Mierda...

—Sí. Oh. Mierda —le dio la razón una vez más— Y ¿bien?...

—Y bien... ¿qué?...

—Y bien... que qué vas a hacer, porque no tiene tíos que sepan *kunfú*.

—¿Y que no sepan?...

Ricky se dijo que aquella era la pregunta retórica más absurda que jamás había oído, pero aún así se la contestó:

—No. Tampoco.

—¡Mierda! Oye, Ricky... Mañana salgo para Colonia ¿Podemos dejarlo para cuando haya vuelto? ¿Por favor?... Joder —*joder, sí!*— Déjame al menos un poco de tiempo para asimilarlo.

*Tengo un hijo.*

*¡Joder!*

*Tián, tienes un hijo.*

*Joder... Peor...*

—No tiene a nadie, Tián...

—Qué...

—Que tan sólo te tiene a ti.

Entonces Tián se lo quedó mirando durante lo que le pareció más que tan sólo un segundo, o por lo menos, se dijo, durante un segundo condenadamente largo, porque como él decía «no todos los segundos duran sólo un segundo»; y se dijo que siempre conseguía arrancarle esa expresión de la cara, por lo menos un par de veces todos los meses, esa expresión de chico en prácticas sorprendido porque la destructora de documentos de la oficina se ha atascado porque le ha metido un taco ASÍ de documentos que ni siquiera hacía falta triturar.

—¿Cuánto hace que sabes eso?...

En ese instante Ricky se llevó las manos a los bolsillos y le dijo:

—Te recuerdo que llevas más de una semana fuera.

Y como de verdad, se dijo, se sentía como un chico en prácticas sorprendido porque la destructora de documentos de la oficina se ha atascado porque le ha metido un taco ASÍ de documentos que ni siquiera hacía falta triturar y, además, Ricky tenía razón,... no hizo otra cosa que devolverle la mirada y decirle:

—Ricky... Eres un capullo. ¿Lo sabías?... —claro que lo sabía.